

PRIMER PREMIO 17-18 AÑOS  
CONCURSO «DEFENDEMOS LOS DERECHOS HUMANOS»  
AMNISTÍA INTERNACIONAL ALMERÍA

# Hoy he visto un vídeo que me ha hecho llorar



## Irene Garrido Medrán

Estudiante de bachillerato en Ciencias de la Salud  
irenegarridomedran@gmail.com

**Aula Viva** publica reflexiones, artículos y experiencias de comunicación y educación realizadas tanto en la enseñanza formal como no formal, escuela infantil, primaria, secundaria, educación de personas adultas o universidad, en un amplio espectro de posibilidades. Generalmente son propuestas realizadas por profesores en sus aulas o por organizaciones culturales y sociales.

**T**odos los días enciendo la tele para ver las noticias. Siempre es lo mismo. Ciudades y pueblos arrasados por las bombas o la guerras. Heridos y muertos en atentados terroristas o tiroteos policiales. Mujeres y niños asesinados por sus maridos o padres. Niños desnutridos y enfermos que luchan cada día para salir adelante. Las noticias que salen cada día en los telediarios son desoladoras, pero no me hacen llorar. Me preocupan. No me gustaría que existieran. Pero no me hacen llorar. Creo que tanta violencia y tanta «realidad» me ha inmunizado contra el dolor y me ha hecho normalizar este tipo de injusticias, pero no solo a mí, a todos.

No ha sido una paliza, una ciudad destruida o a una persona ensangrentada lo que a mí me ha hecho abrir los ojos. Hoy he visto un cortometraje titulado «Acabo de tener un sueño» que no creía que me fuera a impactar y afectar tanto como lo ha hecho. No puedo explicar lo que me ha hecho sentir este corto ni todo lo que me ha hecho reflexionar.

Hoy he reparado en que soy una persona afortunada. No solo porque en mi ciudad no hay guerras, epidemias o hambrunas. Afortunadamente ni siquiera sufrimos cerca el terror de los que matan por su Dios, su ideología política o por su equipo de fútbol. Me siento dichosa porque he alcanzado a discernir que, por una gracia del destino, nací en un país en el que asumo como absolutamente normal que nadie muera a mis pies.

Por esa misma cuestión de azar, tengo una casa que me pro-

tege del frío, del calor o la lluvia.

Voy a diario al instituto para poder formarme y sin que mi condición de mujer suponga ningún problema.

En clase soy una más, a nadie preocupa mi religión, mi simpatía política o el color de mi piel. En cualquier momento puedo expresarme, dar mi opinión sobre cualquier tema y escuchar la de los demás.

Si enfermo, cuento con una asistencia médica y farmacéutica inmediata y económicamente accesible.

Mis padres trabajan y reciben un salario digno, tienen una participación activa en organizaciones que defienden sus derechos laborales y en varias ONGs y ambos votan en las elecciones que cada cierto tiempo tienen lugar para elegir nuestros representantes.

Puedo ir de compras ya sea por necesidad o por gusto y solo tengo que preocuparme por el precio y la calidad de los productos.

En mi casa, solo tengo que abrir el grifo para obtener el agua que necesito.

Tengo la suerte de poder encender mi portátil cuando quiero informarme sobre el mundo para saber, por ejemplo, cómo va Siria o Somalia. Pero también puedo encenderlo cuando simplemente quiero ver una película.

Puedo salir a la calle, cada vez que me apetece, a manifestarme para reclamar lo que considero justo.

He viajado muchas veces para visitar a familiares pero también por el puro placer de conocer ciudades, culturas y personas distintas.

Me puedo permitir tener «problemas» del tipo «no encuentro unos zapatos que peguen con ese vestido» o «no le gusto al chico que me gusta».

Paseo por mi ciudad tranquila y sin miedo porque hay personas e instituciones que velan por mi seguridad, por mi integridad física y por mi propia vida.

Si en alguna ocasión llegara a sufrir una agresión o alguien perjudicara mis intereses personales, sociales, económicos o mis derechos fundamentales, sé que podré recurrir a un sistema de justicia que me ampara. También sé que si fuera yo quien perjudicara los intereses de otro, recibiría de esas mismas leyes y tribunales un trato justo, en el que se respetaría, entre otros, mi derecho a la presunción de inocencia.

Y todo esto no es porque me lo merezca, resultado de mi inteligencia, mi bondad o de mi esfuerzo. Es solo por la casualidad de haber nacido en Almería, sin problemas graves de salud, en el seno de una familia media/acomodada.

He abierto los ojos a esta dura realidad, aunque siempre la tuve delante de mis ojos. Ahora ya puedo ver de otra manera esas terribles imágenes de personas que se ahogan tratando de cruzar el Mediterráneo huyendo de la guerra o del hambre. Ahora entiendo que, lo que me ha regalado la suerte, puedo perderlo en cualquier momento, por un golpe desgraciado del destino.

Que nada de lo que tengo está garantizado «para siempre».

Que tengo que apreciar la facilidad con que disfruto de un vaso de agua, de mi derecho a la educación o a participar de la vida política o sindical. Tengo que apreciar mi propia vida.

Que los derechos que tengo son porque hay gente que los ha defendido y los defiende. Derechos que cuesta mucho conquistar, pero son muy fácil de perder.

Pero, sobre todo, que muchas personas de este mundo no han sido tan afortunadas como yo y que valoran como auténticos tesoros cosas que yo doy por sentadas o que casi desprecio.

Hay muchas formas de luchar contra las injusticias y ser defensora de los derechos humanos, pero no es necesario para ello tener que exponerse a los peligros del mundo. Ya existe ese tipo de héroes y heroínas trabajando sobre el terreno, adquiriendo información y denunciando. Lo que tenemos que hacer el resto es terminar su trabajo apoyándolos y difundiendo su denuncia.

Nunca lo había hecho antes, pero hoy he mandado un correo para pedir la libertad de Taner Kiliç a las autoridades turcas, he reclamado liberar a Nabeel Rajab en Bahrein, he alzado la voz en favor de la defensora de los derechos de las mujeres Azza Solimán en Egipto, he defendido a los activistas contra la esclavitud Moussa y Abdallahi en Mauritania, he reclamado a las autoridades de Myanmar que ponga fin a la limpieza étnica de los Rohingya y me he unido al movimiento de bienvenida a las personas refugiadas.

Hoy he llorado, pero me siento bien.



Acabo de tener un sueño, 2014, del director Javi Navarro